



El escritor Irvine Welsh en un hotel de Monterrey (México), con un grupo de adictos de Narcóticos Anónimos

Enganchados a la literatura

Irvine Welsh, autor de 'Trainspotting', en una reunión de adictos mexicanos

XAVI AYÉN

Monterrey (México)
Enviado especial



Estamos en un céntrico hotel de Monterrey, en el estado de Nuevo León (México), uno de los que cuenta con más cárteles de todo el país. Junto a la delegación de invitados a la feria del libro UANLeer, varios centenares de personas asisten, en la primera planta, a otro tipo de convención. Vienen de todos los rincones de México, y algunos de Estados Unidos. Son miembros de Narcóticos Anónimos (NA), una asociación internacional que, a la

manera de sus *primos* de Alcohólicos Anónimos (AA), ayuda a personas de todo el mundo a dejar las drogas, a partir únicamente de sesiones de terapia de grupo, donde los adictos hablan con la confianza que les da el anonimato. Que nadie piense sólo en las versiones pequenoburguesas de este problema: Ezequiel es de Pánuco y han decapitado a un amigo suyo; Lupe fue secuestrada y obligada a prostituirse en la colonia Portales de Ciudad de México; Gustavo se salió por piernas del cártel Santa Rosa de Lima y tiene miedo de que aún le busquen; Irvine es escritor y... un momento, ¿qué hace aquí Irvine Welsh?

El autor de *Trainspotting*—novela

publicada en 1993, sobre cinco chicos enganchados a la heroína en Edimburgo, una de las obras más influyentes del siglo XX—pertenece a los invitados de las plantas superiores del hotel, los asistentes a la feria del libro. Desde Miami—donde vive ahora—ha venido a participar en las actividades de la cátedra Anagrama de la UANL y a hablar de su última novela, *Un polvo en condiciones*, las andanzas de un taxista adicto al sexo. Informado por *La Vanguardia* de que se estaba celebrando una convención de NA, acude a charlar con algunos participantes. Conoce perfectamente el percal: “Yo asistí a estas reuniones en ciudades como Londres o Amsterdam,

estuve enganchado a la heroína 18 meses y fue una gran ayuda para poderlo dejar. Ahora tengo 60 años, y bebo sólo ocasionalmente, pero si, en algún momento, viera que vuelvo a tener problemas de control con alguna sustancia, no dudaría en volver a asistir. Es una campana de emergencia que sé que siempre está ahí”.

Welsh, hijo de una camarera y un estibador, se acerca a la mesita donde reposa el termo de café. “Chicos, ¿puedo tomar uno? Lo echo de menos... ese momento de la máquina de café, cuando era una piltrafa humana y sentía que, al menos allí, me querían”. La llegada de Welsh ha causado una pequeña conmoción

en los pasillos. Todos parecen muy fans suyos y le piden que les firme bolsos, camisetas, programas, se hacen fotos junto a él (“esto de los selfies no es muy anónimo ¿no?”, bromea el escritor)... “¿Señor Welsh! ¡He visto cincuenta veces *Trainspotting!*—le confiesa Luis, de Durango—, 25 de ellas mientras consumía y 25 estando limpio. Nos la ponían en el centro de rehabilitación... Siempre aprendo cosas nuevas”. “Vaya, así que te sacaban la pasta en el centro y a mí no me enviaban los royalties”, le suelta el escocés, con aire divertido.

Autor de 15 libros, le preguntan sobre todo por los de la serie con los personajes de *Trainspotting*, esto



GUSTAVO VALDEZ

es, *Cola* (2001), *Porno* (2002), y la precuela *Skagboys* (2012), “allí los veréis antes de caer, unos querían ser futbolistas profesionales, otros corrían maratones...”. Welsh cuenta que, en inglés, ya ha publicado ser futbolistas profesionales, otros corrían maratones...”. Welsh cuenta que, en inglés, ya ha publicado otro de la misma pandilla, *Dead Men's Trousers*. “¿Cómo les va ahora?, ¿qué hacen?”, pregunta alguien como interesándose por unos viejos amigos. “Bueno, son 25 años más viejos –responde el autor–, Renton es un dj de éxito, viaja mucho, toma coca y tranquilizantes; Sick Boy se ha metido en los negocios, es una especie de chuloputas y toma coca de vez en cuando; Spud sigue siendo un yonqui, no se ha mudado, y lo deja intermitentemente; y Begbie es el que ha tenido más éxito, pues es un artista internacional de prestigio y ni siquiera prueba el alcohol. Spud y Sick Boy, además, se meten en el mundo del tráfico de órganos”. “¿A cuál de ellos te pareces tú más?”, pregunta alguien. “De carácter, a Renton –dice Welsh– que aunque le vaya bien siente que le falta algo importante en la vida, tiene esa ansia por controlarlo todo y socialmente es muy inepto”.

Drogas por escrito

■ **Cero cero cero** (Anagrama/Em-púries, 2014) de Roberto Saviano. “Escribir sobre la cocaína –cuenta el autor, periodista italiano amenazado de muerte por la mafia– es como consumirla. Cada vez quieres más noticias, más información...”. Muestra cómo funciona el tráfico internacional del *polvo blanco*, “la droga que mueve el mundo”, con especial atención a Colombia y México, y su papel en las finanzas internacionales.

■ **Hasta que puedas quererte solo** (Alfaguara, 2016) de Pablo Ramos. La adicción, desde dentro. El autor, argentino, realiza un impactante viaje autobiográfico al mundo de las drogas a través de un protagonista que entra en terapia y de los personajes que va conociendo. El libro se estructura en doce partes, siguiendo el programa de Doce Pasos de las asociaciones como Alcohólicos Anónimos. Familiares, síndromes de abstinencia, recaídas...

■ **Qué día más bueno** (Reservoir Books, 2018) de Ayelet Waldman. Un mes en la vida de una mujer, abogada, escritora, esposa y madre de cuatro hijos en EE.UU. que busca la estabilidad tomando microdosis de LSD. En este ensayo, explora asimismo la historia y los mitos en relación a las drogas, así como la lucha bizantina que el Estado mantiene con ellas. Zadie Smith dijo que era “el libro más divertido que he leído últimamente”.

■ **El asesino tímido** (Seix Barral, 2018) de Clara Usón. En la España de la transición, la narradora (la propia Usón) resigue la biografía de la actriz de destape Sandra Mozarovski mientras ella se despeña por un abismo personal que la hará ser ingresada en un centro de rehabilitación de drogadictos. Una de las mejores novelas en español de los últimos tiempos, ganó el premio Sor Juana Inés de la Cruz de la FIL de Guadalajara.

■ **Sirenas** (Roja y Negra, 2018) de Joseph Knox. Novela negra avalada por Lee Child, el protagonista es el detective Aidan Waits, enganchedo a las anfetaminas, que se mueve por un Manchester postindustrial y nocturno en el que Zain Carver, el señor de la droga de la ciudad, parece controlar el curso de los acontecimientos.

■ **Mi año de descanso y relajación** (Alfaguara, 2019) de Ottessa Moshfegh. Maravillosa novela sobre una mujer joven que decide, tras un desengaño amoroso, encerrarse en su apartamento de Manhattan para, con la ayuda de las recetas que le suministra una extravagante doctora, hibernar en la medida de sus posibilidades. El extenso catálogo de medicamentos y los efectos que cada uno tienen en el ánimo de la protagonista generan un puñado de situaciones tragicómicas.

Welsh se sienta a tomar el café en una sala con un grupo reducido de miembros: Luis; Francisco y Yogui, de Saltillo; y Bernardo, de Nueva Rosita. “Yo canalicé –les cuenta– esa tendencia genética a la compulsión, la obsesión... en algo positivo. Le di la vuelta a mi trastorno obsesivo-compulsivo. Todos los rasgos de mi carácter que eran un problema ahora los canalizo en la producción de libros. También hago yoga como un loco, no puedo pasar sin esa parte espiritual. Sigo siendo un obseso y me va como la seda! La obsesión, en un escritor, es una virtud”.

Los adictos le dicen que, como él, intentan escribir todos los días, pues “una parte de la terapia consiste en eso”. “¡Todos somos escritores, artistas, cantantes, dibujantes! –responde Welsh– Si miras un ni-

PRIMERA PERSONA

“Fui adicto a la heroína durante 18 meses, y estas reuniones me ayudaron”, dice Welsh

“TODOS SOMOS ARTISTAS”

“Un niño dibuja, escribe, canta... pero el puto sistema laboral nos desintegra”

ño, son las primeras cosas que hace, es algo muy humano. Pero nos preparan para el puto sistema laboral y nos rompen esa personalidad, nos desintegran, nos hacen dejar de pintar, escribir y bailar. Por eso escribis, porque cuando volvemos a hacer eso reconectamos con nuestra humanidad y la gente se siente mejor. Es como volver a casa”.

Uno de los presentes acude también a reuniones de alcohólicos, y Welsh mueve la cabeza. “Yo no puedo dar lecciones, porque a cada uno le va bien una cosa distinta, pero siempre recomiendo ir a las reuniones de NA –replica– aunque sólo haya un problema de alcohol, porque la gente es más enrollada, los jóvenes van a NA porque, ya me diréis, ¿quién es el que, hoy en día, sólo haya tomado alcohol?” (todos ríen). “AAA van los abuelos que han trabajado toda la vida en la fábrica –prosigue el escritor–. En NA yo vi más gente creativa, artistas, músicos, escritores, me sentí más estimulado. En pocos lugares se conoce a tanta gente interesante”.

Para Welsh, “más allá de todos los problemas físicos y mentales que traen las drogas, entre ellos la ansiedad o la depresión, hay un indicador claro, ese momento en que sólo las tomas ya porque, si no, te sientes enfermo. Eso significa: hay que parar. Yo al principio me lo pasaba bien, me otorgaba un sentimiento de invencibilidad, pero luego se convirtió en un grave problema. Si lo consigues dejar, te das cuenta de toda la energía que tenías ahí dormida... ¡incluso en el sexo!”.

“Existimos en todo el mundo –apunta Luis–, también en Barcelona, póngalo, si sólo una persona con problemas que lo leyera nos conociera y consiguiera dejar las drogas, su artículo habría valido la pena”. ●